

sus caudales, los del rey y siete piezas de artillería, venian huyendo de Iriarte, quien con una fuerte seccion de insurgentes habia ocupado aquel real de minas, y custodiando á estos españoles se volvió Herrera con sus doscientos hombres á reforzar el campamento de Agua Nueva.

El cabildo eclesiástico contestó (tanta era la sencillez de aquellos tiempos), aconsejando que se reunieran en la cuesta de los Muertos los pastores y dependientes de las haciendas, bien provistos de hondas, para batir á pedradas á los enemigos, si venian, y respecto al dinero, dijeron que lo darian cuando fuera absolutamente preciso y se les diera la correspondiente seguridad del pago.

Vino, por fin, el gobernador. Pidió á los pueblos soldados, armas y recursos para la defensa: mandó al segundo comandante Ramon á defender las bocas de la sierra, y despachó al capitán Allende á México con una larga comunicacion para el virey, en la que le manifestaba la imposibilidad que habia para impedir la propagacion del movimiento revolucionario en esta provincia por falta de hombres, armas y dinero; y termina recomendando mucho al capitán D. Domingo Narciso de Allende, asegurando «*que es opuesto en ideas á su tumultuario primo.*» Bien claro se ve que habla del invicto generalísimo D. Ignacio Allende.

Pero dejemos por un momento al nuevo reino de Leon con sus alarmas, y volvamos á Guanajuato, donde dejamos al generoso Hidalgo celebrando su cumpleaños y su triunfo. Apenas se vió este ilustre caudillo dueño de aquella ciudad, cuando, sin descuidar la organizacion política, volvió los ojos á lo que mas importaba para impulsar debidamente la revolucion: se ocupó con todo empeño en establecer una fábrica de armas blancas, una fundicion de cañones y una casa de moneda. En esto se ocupaba,

cuando he aquí que se le presenta un joven tan gallardo como afable, tan inteligente como instruido y tan cortés como valiente. Tal era D. José Mariano Jimenez. Una esmerada educacion, una instruccion no vulgar adquirida en las aulas del Colegio de Minería, unidas á su dedicacion asidua á la práctica de las operaciones metalúrgicas, á su juventud y á todas las bellas prendas de su espíritu, le daban derecho á prometerse un brillante porvenir. Pero apenas comprendió los altos pensamientos del ilustre anciano de Dolores, estimulado por tan alto ejemplo, ya no pensó mas que en la patria: reunió hasta tres mil hombres y con ellos se ofreció al servicio de la recién nacida insurreccion. Prendado el egregio Hidalgo de la gallardía, finura y decision de aquel joven, le dió el despacho de coronel y le mandó organizar aquella gente y marchar á la vanguardia del ejército. Honrosa confianza, por cierto, á que supo corresponder tan cumplidamente. El 8 de Octubre salió Jimenez, como se le habia mandado, á la vanguardia; fué el primero que entró á la plaza de Valladolid, volvió el ejército hácia la capital, y Jimenez siempre á vanguardia. El 30 del mismo Octubre le vemos batirse con tal denuedo en el Monte de las Cruces, y colocar y dirigir tan bien su artillería, que el Lic. Bustamante no puede ménos que decir: «*Jimenez, aquel joven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo, como de conocimientos en lo militar, aplicados á la tormentaria, ó artillería.*» (1) Al tercer día de este glorioso triunfo, Hidalgo quiso tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas, para lo que era preciso mandar un pliego.

1 Bustamante, cuadro histórico, carta VI.

¿Quién se atreveria á desempeñar tan peli-grosa comision? Jimenez, el valiente Jimenez, á pesar de la certeza que tenia de que no le habian de guardar consideracion alguna, aceptó y desempeñó este difícil encargo, poniendo en poder del iracundo Venegas el pliego que se confió á su lealtad.

El día 7 de Noviembre, despues del desastre de Aculco, Jimenez se volvió á Guanajuato con el denodado Allende: el 12 del mismo mes se batió todo el día con el brigadier Calleja, logrando entretenerlo mientras Allende sacaba su pequeño ejército y sus municiones: se retiró en buen orden hasta reunirse con su jefe, y juntos marcharon sin ser perseguidos: llegaron por fin á la villa de San Felipe, donde se les unió la fuerte division de D. Rafael Iriarte.

No habiendo por entónces enemigos que combatir, ni peligros que temer, creyó Jimenez oportuna la ocasion para solicitar el permiso de emprender una expedicion que meditaba. En la Hacienda del Molino, inmediata á San Felipe, se presentó una noche al esclarecido Allende solicitando el permiso de venir á insurreccionar las provincias internas del Oriente. Un despacho de teniente general, una buena seccion de tropas, y las mas afectuosas expresiones, fueron la respuesta que obtuvo de aquel magnánimo Caudillo. El ejército siguió su marcha á Zacatecas y Jimenez dirigió sus ojos y sus pasos hácia el Norte.

Aquí comienza la verdadera gloria de Jimenez. Obrando por sí solo y sin sujecion alguna, pudo dar rienda suelta á sus naturales inclinaciones. Su clara inteligencia, su amor á la justicia, su inclinacion al orden, su grandísima prudencia, su genial dulzura, y la humanitaria benignidad de su corazon, imprimieron á la revolucion, en estas provincias, un carácter de orden y de lenidad, que ni tuvo en otras partes ni es

propio de las insurrecciones populares. Pero si es privilegio del genio realizar los imposibles, no podrá negarse que nuestro héroe tenia genio, y genio grande.

Poco tuvo que hacer la fortuna para hacer triunfar á Jimenez, pues no hizo mas que valerse de la fama para que pregona-ra sus eminentes virtudes. Apenas se presentó en Matehuala, á mediados de Diciembre, y su fama cundió por todas partes; grandes y pequeños se deshacian en alabanzas de tan ínclito caudillo, y corrian de todas partes numerosas partidas de hombres á ponerse bajo sus órdenes. ¿Cuál sería la congoja, la agitacion y el desaliento del partido realista al ver aproximarse tan formidable enemigo, que en tan poco tiempo habia reunido un ejército fuerte de 8,000 hombres y 16 cañones? Toda su esperanza estaba cifrada en el campamento de Agua Nueva y en el capitán Ramon, apostado en las bocas del Pilon y Santa Rosa. Mas Cordero no habia podido reunir en Agua Nueva mas de 4 cañones y 700 soldados, y Ramon no contaba con doscientos soldados cabales.

D. Manuel Iturbe, gobernador de Tamaulipas, y D. Manuel Santa María habian convenido en reunirse si acaso conocian que solos no podrian resistir á los independientes. Santa María, como hemos visto, no tenia esperanza de poder resistir con buen éxito, y así salió con ánimo de ir á juntarse con Iturbe; pero se detuvo en el Pilon, hoy Monte Morelos, hasta ver en qué paraba el campamento de Agua Nueva.

D. Pedro Aranda, que era uno de los comandantes del ejército de Jimenez, escribió una carta muy comedida al capitán Ramon y á su tropa, proponiéndole con buenas razones que abrazara el partido de la independencia. Viendo Ramon, como él dice, *puerta abierta*, se dirigió por con-

ducto del comandante Aranda al teniente general, preguntándole qué causas habian impulsado á los buenos americanos á tomar las armas, con qué autoridad venian, y cuáles eran sus intentos. La contestacion de Jimenez fué digna de él, y dejó tan convencido á Ramon de la justicia y bondad de la causa que defendia, que no solo la abrazó de corazon desde aquel momento, sino que se propuso conquistar á D. Manuel Santa María. Muchas cartas le escribió desde Pablillo, tratando de persuadirlo, con mucha maña y con gran tiento, de la imposibilidad de resistir fuerzas tan superiores: de que el pueblo todo tenia iguales sentimientos que el ejército que tenian delante: de que únicamente se trataba de hacer la independendencia de la nacion mexicana: de que en esto no se faltaba en nada á la religion, á la patria ni al rey; y de que nada habia que temer, porque Jimenez limitaba la persecucion solamente á los malos y de ningun modo á los buenos, pues al español que se le presentaba le concedia el indulto y quedaba enteramente tranquilo en su casa, sin mas condicion que no oponerse á los progresos de la insurreccion. Le remitió las cartas de Aranda y de Jimenez, muchas proclamas y otros papeles relativos á la revolucion, y le anunció que el día 28 de Diciembre salia á la guardaraya de la provincia á conferenciar con los independentes. Salió en efecto, y el resultado de esta conferencia nos lo anuncia despues el gobierno colonial restablecido, mandando «dar de baja al capitán D. Juan Ignacio Ramon desde el día 31 de Diciembre, en que se pasó al servicio de las banderas enemigas.»

Avanzó, en fin, Jimenez, y el día 7 de Enero de 1811 se halló á la vista del campamento de Agua Nueva. Mas apenas desplegó en batalla una parte de sus fuerzas,

cuando todas las tropas del campamento, sin tirar un tiro, corrieron á unírsele. El gobernador Cordero huyó precipitadamente, acompañado de algunos europeos; y, sin detenerse en el Saltillo, pasó corriendo á rienda suelta por la calle de Santiago, dirigiéndose hácia el Norte. El lego Fr. Juan Villerías lo seguia muy de cerca; logró alcanzarlo y aprehenderlo en la hacienda de Mesillas, junto con todos los que lo acompañaban. Sabedor Jimenez de este suceso, y temiendo que los prisioneros fueran tratados muy mal por aquel sanguinario lego, mandó inmediatamente un ayudante con un coche y una orden para que le fueran entregados. Traidos á su presencia, puso en libertad á todos ménos á Cordero, á quien conservó allí en su mismo alojamiento, en calidad de prisionero; pero guardándole todas las consideraciones debidas á su clase, y tratándolo con toda la finura que le era genial. Alaman, al referir esta accion tan noble del teniente general Jimenez, á pesar de su antipatía por los independentes, no pudo ménos que exclamar: «*El ánimo oprimido con la relacion de tantos hechos atroces, descansa cuando se encuentra una accion generosa, quedando el sentimiento de que esta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo en cuyas manos cayó por las vicisitudes de la revolucion, el que con ella se habia hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco comun en aquel tiempo.*»<sup>1</sup>

El día 8 entró Jimenez al Saltillo. A cuantos europeos se le presentaron los indultó. Es de advertir, que los indultos que concedia, los hacia respetar inviolablemente. El día 12 hizo celebrar una funcion de Iglesia en accion de gracias al Todo-

<sup>1</sup> Alaman, Historia de México, tit. 2º, lib. 2º, capítulo VIII.

poteroso por los favores recibidos. La fiestas cívicas con que el Saltillo solemnizó la venida de Jimenez fueron, en verdad, muy espléndidas, y en ellas reinó la mayor cordialidad: todos estaban alegres, los patriotas por el triunfo de su causa, y los realistas por verse libres de la persecucion que temian. Mas ¡ay! que entre aquella regocijada multitud estaba el hombre de perdicion, el infame traidor que habia de cubrir de luto á los buenos americanos, y que hubiera destruido, si destructible fuera, la gloria de los primeros caudillos de la independendencia. El traidor D. Ignacio Elizondo, hombre de gran influjo en las provincias internas de Oriente, fué uno de los que se pasaron en Agua Nueva. De él se valió Jimenez para hacer que los pueblos se declararan por la buena causa. La actividad y recomendaciones de Elizondo unidas á la fama del esclarecido Jimenez, hicieron el milagro de que en quince dias estuvieran pronunciadas todas las cuatro provincias, sin necesidad de disparar un solo tiro. San Antonio de Béjar fué el último pueblo que se pronunció, y lo hizo el 22 de Enero. Los comisionados para esta vasta empresa fueron: para Béjar el capitán D. Juan B. Casas, para Monclova D. Pedro Aranda, para Tamaulipas los dos coroneles Acevedos, y para Monterey el brigadier D. Juan B. Carrasco. Este último salió del Saltillo el día 16, con la especial comision de apoderarse de Monterey lo mas pronto posible, porque era el punto de donde podrian tomar los mejores recursos.

Entretanto se aproximaba Ochoa, jefe realista con una buena seccion de tropas; pero salió Jimenez del Saltillo, lo encontró en el puerto del Carnero, y «con sus acertadas evoluciones, dice Bustamante, lo descompuso y lo derrotó.» Este triunfo fué

obtenido el día 20 de Enero del mismo año de 1811.

Supo Santa María el desastre de Cordero en Agua Nueva, y sea por la fuerte impresion que en su ánimo causaron las cartas de Ramon, ó sea, como decia el Dr. Sada, «*porque era grande amigo y protector de los criollos,*» lo cierto es que en vez de irse á la colonia á reunir con Iturbe, aunque tenia recursos para hacerlo y el camino libre y expedito para ponerse en salvo, se quedó en Monte Morelos, reunió allí una junta de guerra, y con acuerdo de ella disolvió la fuerza el día 12 de Enero y se vino solo á Monterey. Desde esta fecha lo consideró despues la junta gobernadora pasado á las banderas americanas.

El 17 del mismo mes llegó el brigadier Carrasco á Monterey acompañado del coronel D. Ignacio Camargo y de otros jefes; en este día se pronunció Santa María y toda la ciudad por el partido de la independendencia en medio de públicos regocijos. La buena fé de Santa María no puede ponerse en duda, porque pudiendo huir con toda seguridad, no lo hizo, y porque vino del Pilon ya decidido á pronunciarse sin apremio de ningun género.

Carrasco se casó aquí á pocos dias de su venida con la señora D<sup>a</sup> Manuela Ugartechea, sobrina del Dr. Mier, y de este matrimonio procedió el coronel de ingenieros D. José María Carrasco, bien conocido en esta Ciudad, y que murió hace pocos años en Sonora.

Muy á fines de Enero vino Jimenez á Monterey, donde fué recibido con grandísimas demostraciones de júbilo. Los ancianos aun conservan la memoria de aquella gloriosa época, y para decir «*El año de 1811,*» mas bien dicen: «*El año que vino su Excelencia.*» La benignidad de este buen mexicano se retrata en todas sus pro-